
Editorial

Existe un consenso general sobre la relevancia que tiene la definición de los procesos de valoración tendentes a la salvaguardia de los bienes culturales que la sociedad ha recibido como legado, con la responsabilidad de transmitirlos al futuro de la manera más íntegra posible.

Sin embargo, esta tarea implica una serie de dificultades de orden técnico, axiológico y epistemológico, pues los diversos actores sociales que a lo largo de la historia los recibieron y transmitieron han interferido de diferentes modos en la integridad y autenticidad de sus valores originales. Entonces, los estudios que se realizan sobre los bienes que consideramos patrimonio cultural, además de aceptar estas interacciones como procesos lógicos, tienen la destacable oportunidad de analizar no solo las condiciones de creación de las obras históricas, sino también la manera en que fueron vistas en su devenir hasta el presente.

La valoración del material histórico es un fenómeno dinámico en el que intervienen múltiples factores que a veces dan luz sobre rasgos singulares que no son fácilmente detectables, pero también pueden ocultar o incluso tergiversar sus posibles lecturas. Es por ello por lo que el estudio de las manifestaciones culturales que fueron materializadas en los bienes que bajo la normativa mexicana se denominan “Monumentos Históricos”, presenta innumerables variables e implica un riguroso manejo de los datos con los que se cuenta, con la finalidad de poder generar información lo más fiable posible para su interpretación y conocimiento.

El estudio físico de los bienes culturales, de los documentos asociados a su generación y transformación, así como de las aproximaciones que han realizado autores precedentes, posibilita contar con un panorama amplio sobre su origen y desarrollo. Empero, en los casos en los que los restos materiales se han perdido, han sido fuertemente modificados o no se cuenta con documentos de archivo ni estudios recientes, la generación de conocimientos se convierte en un reto. Los investigadores tienen, entonces, la gran responsabili-

dad de llenar los vacíos de información existentes con supuestos que estén lo mejor sustentados que sea posible.

La conservación, además de procurar la integridad física del patrimonio cultural tiene la enorme tarea de generar datos que expliquen y respalden sus valores. Preservar los monumentos, es decir, la materialización de la memoria de hechos pretéritos requiere el apoyo de arqueólogos, antropólogos, historiadores, sociólogos, arquitectos, conservadores y demás especialistas, que contribuyan al desarrollo de los conocimientos de su contexto. Las piezas sueltas que provienen del pasado dependen del significado cultural que se les confiera en el presente. De lo contrario se trata simplemente de objetos inconexos destinados al olvido.

Los artículos que conforman el presente número fueron escritos por profesionales de diferentes ámbitos de la cultura, que a partir de los datos parciales de los que han dispuesto, se dieron a la tarea de buscar el origen y evolución de espacios urbanos, edificios y objetos que sirven como testimonio de momentos singulares del pasado de nuestro país.

Los tres primeros artículos se centran en puntos específicos de la Ciudad de México, en los que, a pesar de sus transformaciones y la lamentable pérdida de evidencias materiales, es posible reconstruir valiosas interpretaciones sobre la conformación social de tres momentos significativos de la época virreinal. El cuarto escrito se enfoca en la poco discutida práctica de la reutilización de componentes de retablos pertenecientes a diferentes épocas y lugares para intentar armar un discurso iconográfico coherente. Y los últimos cuatro textos analizan la relevancia del papel de individuos específicos que incidieron en la construcción de ideas y bienes culturales, que fueron producto del momento en el que les tocó vivir, y de las circunstancias en las que enfrentaron su realidad.

El presente número abre con el artículo que Luis Alberto Martos tituló “De la conquista naval de Tenochtitlan o de la muy breve historia de trece barcos y las Atarazanas de la Ciudad de México”. Se trata de una notable contribución en la que, a partir de una cuidadosa revisión de documentos históricos, analiza el importante papel que jugaron las embarcaciones que mandó fabricar Hernán Cortés para consumir la ocupación de la capital mexicana. Además de documentar datos originales sobre algunas de las probables características de las naves, narra su devenir en la batalla y su posterior impacto como recurso de intimidación y pacificación de los pueblos conquistados. La segunda parte del texto se enfoca en la caracterización de la fortaleza que se mandó construir para guardar las embarcaciones, armas y pólvora que a principios del siglo XVI resultaban esenciales ante la latente amenaza de sublevaciones indígenas.

El segundo artículo del boletín lleva por título “Entre la sazón y el sabor: vida cotidiana y alimentación a través de la cerámica colonial y del periodo independiente del Mayorazgo de Nava Chávez”. En este escrito, Mirsa Alejandra Islas Orozco presenta una serie de reflexiones acerca de la conformación de la llamada arqueología histórica y el acontecer de los trabajos de rescate que se llevaron a cabo en torno al Templo Mayor de la Ciudad de México, en los que los hallazgos vinculados a la cerámica de los primeros años de la conquista permiten apoyar la generación de conocimientos sobre la vida cotidiana de la sociedad. Se realiza una detallada descripción de los utensilios de barro de origen local, regional y de importación, que han hecho posible la comprensión de la organización de una sociedad que paulatinamente se iba estructurando en un emplazamiento urbano donde se manifestó un drástico cambio del uso ritual de origen prehispánico al ámbito doméstico de la vivienda de los conquistadores.

El tercer artículo que conforma este número fue escrito por Víctor Cruz Lazcano y aborda la serie de vicisitudes que ocurrieron en la edificación y uso cotidiano de un templo de destacada importancia en la vida urbana de la Ciudad de México a finales de la época virreinal. El texto “La capilla del tercer orden del Carmen de México. Su erección y permanencia en el tiempo” da cuenta de los acuerdos y conflictos asociados a la toma de decisiones relativas al diseño de una obra en la que los estilos en boga se estaban transformando y se empiezan a hacer evidentes los desencuentros entre actores sociales vinculados con tradiciones conservadoras y los que buscaban la modernización de la cultura a partir del paso del estilo barroco al neoclásico.

Las transformaciones en el patrimonio a lo largo de la historia suelen ser resultado de pugnas entre diferentes visiones de actores o grupos sociales determinados, pero en muchas ocasiones también provienen de condicionantes pragmáticas derivadas del manejo de los recursos materiales. Estos cambios en los bienes culturales no se manifiestan sólo a escala arquitectónica y urbana, sino que también se han hecho evidentes en componentes de menor escala en la arquitectura, como es el caso del mobiliario, decoración y elementos simbólicos de los templos y conventos. Este proceso es expuesto por Yunuen L. Maldonado Dorantes en el artículo “El retablo de San José en Santiago Tejupan, Oaxaca. Una obra construida con piezas de reúso”, en el que detalla la disposición y adaptación de ornamentos, relieves y pinturas de partes de retablos procedentes de distintos lugares de Oaxaca, que fueron incorporados a lo largo de la historia, ya sea para su adecuación dentro de un mismo templo o para su traslado a otros sitios. La sustitución y reaprovechamiento de piezas parece no tratarse de casos aislados, sino de una práctica frecuente derivada del deterioro de componentes o consecuencia de eventos

destructivos, como terremotos o incendios, dando a veces resultados carentes de coherencia discursiva y estilística. El texto expone un ejemplo en el que la decisión sobre este armado dependió tanto de la influencia de los párrocos como de miembros de la comunidad que buscaban salvaguardar un bien de alto significado cultural a escala regional.

En relación con la generación y el desarrollo de objetos e ideas de culto, Sergio Rosas presenta “La Divina Infantita: origen y expansión de una devoción conventual en México (1841-1846). En este artículo se reseña la serie de sucesos que, a mediados del siglo XIX, en momentos en los que el país se encontraba fuertemente convulsionado por pugnas internas y por la invasión norteamericana, se desarrolla un singular culto propugnado por una monja. La difusión de la idea de venerar a la Virgen María en su imagen como niña alcanzó a la mayoría de los conventos de la Ciudad de México y algunos otros de poblaciones del interior del país.

Por su parte, el escrito de Leopoldo Rodríguez Morales expone con gran detalle diversos aspectos de la vida e impacto profesional y académico del arquitecto e ingeniero Manuel Torres Torija a finales del siglo XIX y principios del XX. A partir del estudio de fuentes primarias se analizan episodios de su práctica, en un momento en que el país sufría transformaciones radicales de escala urbana y de innovación tecnológica de la que este destacado personaje fue pieza clave. Sus labores en la construcción, en la docencia y en la publicación de libros y artículos son consideradas un parteaguas en los procesos de modernización que desarrolló la Ciudad de México y que paulatinamente irradió al resto del país.

Finalmente, se presenta “El Antiguo Convento de Dominicanas en Pátzcuaro, Michoacán, México (1932-1954)”, en el que María Lizbeth Aguilera Garibay incluye una serie de documentos que evidencian

las vicisitudes por las que pasó el inmueble que se conoce como “Casa de los Once Patios”.

La lectura de los testimonios de archivo que transcribe permite observar tanto las complicaciones derivadas de la aplicación de la exclaustación de las comunidades religiosas y la problemática de la conservación y restauración de inmuebles abandonados.

Este volumen se cierra con un documento también de Yunuen L. Maldonado Dorantes, en el que se da a conocer los mecanismos mediante los que se llevaban a cabo “Las elecciones de los gremios de la ciudad de Antequera en 1810”. La organización laboral durante la época virreinal se fundamentaba en una estructura sumamente estable que, mediante una estricta normativa, regulaba tanto la calidad de las actividades productivas realizadas por sus agremiados como su estabilidad social. El texto de archivo que ahora se publica permite reconocer el esmero que se ponía en la determinación de las personas que estarían a cargo de la guía y supervisión de diversas prácticas productivas que satisfacían las necesidades sociales. Como indica la autora del estudio, lamentablemente no se cuenta con datos re-

ferentes a los gremios de arquitectos ni albañiles, que seguramente podrían resultar de gran utilidad para conocer la manera en que cotidianamente tenían que laborar, estos profesionales, en las reparaciones que se practicaron a lo largo de la historia en las obras de la región, como consecuencia de los daños sufridos por los constantes terremotos que azotan a Oaxaca.

La lectura de los artículos que incluye el presente número, presentados de manera diacrónica, hace posible reconocer el impacto de las decisiones de los actores sociales que, de manera individual o colectiva, conducen a la conservación, alteración o, incluso, olvido de ese legado que es considerado patrimonio cultural.

De este modo, el *Boletín de Monumentos Históricos* sigue contribuyendo a la generación de conocimientos de la materialización de la cultura en diferentes épocas, así como a la comprensión de los procesos que propician su valoración y trascendencia para la sociedad presente y futura.

LUIS FERNANDO GUERRERO BACA

